



VIVIR LA MISERICORDIA

JOSÉ M^º MORA

Cualquier época del año sirve para corregirnos y mejorar como personas, lo que en lenguaje cristiano se llama "conversión", pero, quizás ahora en la Cuaresma, la ocasión se presente más propicia, por ser tiempo de reflexión sobre el sentido de nuestra vida y el rumbo de nuestras acciones. Vale la pena, por tanto, reparar en esta idea que el Papa ha puesto en el candelero: "La misericordia cambia el mundo, hace al mundo menos frío y más justo. El rostro de Dios es el rostro de la misericordia, que siempre tiene paciencia (...) Dios nunca se cansa de perdonarnos" (Angelus, 17 de marzo de 2013). En orden a las manifestaciones externas de una persona, es sin duda la mayor virtud, por ser expresión de caridad que propicia reparar cualquier deficiencia advertida en los demás.

Pero la cosa no es fácil, porque hacer el bien a los demás, si no supone mucho sacrificio puede bastar con la simple voluntad, pero otras veces será preciso algo más. Será preciso que el sentimiento de la compasión nos mueva a hacerlo. Sentir compasión significa "sentir-con", y ello requiere tener un espíritu sensible que vibre con las venturas o desventuras de nuestro prójimo (prójimo). El sentimiento compasivo es análogo al de la misericordia, que etimológicamente viene del término latino "misere" (miseria, necesidad) y "cordis" (corazón). En definitiva, ser misericordioso es sentir las necesidades de los demás, tener buen corazón para tender la mano al que sufre. Se identifica con la piedad, clemencia, compasión y lástima, aunque cada uno de estos vocablos tenga sus propios matices.

La Psicología también ha reconocido el valor de la misericordia y ve en la compasión el sentimiento base que la sustenta. Tal sentimiento compasivo está incluido en las "emociones del ser-para-otro", y es valorado como un alto sentimiento, propio de personas bondadosas. Sin embargo, no ha llegado a descifrar ese misterio del alma humana, por el que, frente al que sufre, los sentimientos que se despiertan en los demás pueden ser tan variados que se extiendan a lo largo de dos extremos muy distantes entre sí: Desde el que disfruta (puro sadismo) viendo el padecimiento ajeno, pasando por todos los estados intermedios hasta llegar al extremo

opuesto, el de la compasión, que impulsa a la acción altruista, con olvido total del propio interés.

La misericordia constituye uno de los principales atributos divinos. En sus "Confesiones", San Agustín repetidas veces alude a la misericordia divina, paradigma de toda misericordia y así exclama: "A ti alabanza y la gloria, ¡oh Dios, fuente de las misericordias! Yo me hacía cada vez más miserable y tú te me hacías más cercano. Tu mano estaba pronta a sacarme del cieno y lavarme, pero yo no lo sabía".

Dios, con su tierno corazón de padre tiende sus brazos hacia nosotros para perdonarnos y acogernos, y así descargarlos de nuestra doble miseria, material y moral. Pedir la gracia de Dios es el primer paso para que Él pueda penetrar y cambiar lo más entrañable de nuestro ser.

La Iglesia, madre y maestra, enseña a practicar la misericordia y para eso enumera 14 Obras de Misericordia, o formas de ejercitar esta virtud. Parte de ellas están dirigidas a remediar las necesidades materiales de los demás, tan importantes como no tener para comer, estar en el paro, carecer de vivienda, sufrir enfermedades sin medios para tratarlas, etc. Otras, de orden espiritual, no son menos importantes, y quizás estén más olvidadas. Pensemos en los buenos consejos, el saber perdonar, el soportar con paciencia y sin enojo las molestias de los otros, enseñar sobre las cosas importantes de esta vida, etc.

En familia, el niño ha de aprender las verdades de nuestra Fe y se iniciará en la práctica de las buenas obras con el ejemplo impagable de sus padres, que verán a su vez su matrimonio fortalecido.





**CENTRO DE ORIENTACIÓN
FAMILIAR DIOCESANO
"SAGRADA FAMILIA"**

DIRECTOR: JOSÉ M^º MORA MONTES
NEUROPSIQUIATRA

**Servicio especializado de atención
integral a los problemas familiares**

- Terapia familiar y multidisciplinar
- Orientación matrimonial y familiar
 - Comunicación en la pareja
 - Conocimiento de la fertilidad
 - Educación de los hijos
 - Debates de Bioética
 - Orientación en la sexualidad
- Formación para la vida y el amor
 - Atención personalizada

INFORMACIÓN Y CITAS
LUNES A VIERNES

C/. Diego María Crehuet 14, 1º B
Teléfono: 927 241827
www.familiayvidacc.es/COF/



Penitencia

Cuaresma: tiempo de penitencia y de renovación. Quiere el Señor que nos despeguemos un poco de las cosas de la tierra y que nos volvamos a Él. Cuando los hijos van mayorcitos hay que hablarles de todo esto para que sepan valorar el sentido de la Cuaresma, el sentido del sacrificio que debe tener un cristiano y ofrecer a Jesús este pequeño obsequio a Él, que se dejó clavar en la cruz por todos nosotros.

Volver a Él significa estar dispuestos a poner todos los medios para vivir como Él espera, nosotros mismos, y, después, procurar que nuestros hijos lo vivan también, explicándoles que no son prohibiciones, sino dominio de uno mismo, que no es algo negativo, sino todo lo contrario: autoafirmación; puesto que lo hago porque quiero, libremente, por amor a Dios. Y porque es muy bueno ser yo el dueño de mis actos, me privo de pequeñas cosas que son lícitas, pero que harán que yo esté por encima de ellas y no que ellas me dominen a mí.

Debemos tener siempre deseos de que se viva en nuestro hogar para tener luego la alegría de celebrar la Resurrección sabiendo que hemos acompañado a Cristo durante los cuarenta días que dura la Cuaresma. Y ese es el sentido que tienen las procesiones, recordarnos a cada uno de nosotros lo que pasó de verdad, y así hay que contárselo a los hijos y a los nietos, puesto que los pasos de Semana Santa son una auténtica catequesis en la calle. Habrá que explicar muy bien lo que las imágenes representan y aprovechar la ocasión para contarles parte de la Vida de un Dios que quiso hacerse hombre para sacrificarse por nosotros.

Carmen Solís

PARA EDUCAR BIEN

LOLA CEPEDA

Si queremos que un niño o niña, el día de mañana, sea una persona honesta, responsable, educada y asertiva (no manipulable), debemos educar con unas características que son:

AMOR. Sobre todo los niños pequeños son auténticos "detectores del amor". Saben perfectamente quién les quiere y quién no; aunque se le riña, castigue o no se le consienta ningún capricho. Amar no es consentirles, ni regalarles cosas antes de que las pidan. Amar es darles nuestro tiempo, cariño y dedicación paciente.

RESPETO. Si quiero que aprenda a respetar debo enseñarle, con el ejemplo, desde la más temprana edad. Respetar es dejar que decida en pequeñas parcelas de autonomía que debo darle. Es no insultarle, no gritarle, no zarandearle, ni compararle con nadie para que no se sienta minusvalorado, ni descalificado. Para ello le corrijo con tranquilidad, educación y razonamiento; aunque tenga que castigarle o sancionarle. Ellos lo aceptan de buen grado, si se acompaña de un análisis de la situación.

RIGOR. Si actúo como educador, padre, abuelo..., debo tener siempre un rigor y unos criterios firmes para no permitir hoy lo que ayer fue motivo, incluso, de castigo. Quiero decir; lo que ayer estaba mal, hoy también lo

está y mañana lo estará de la misma manera. Y no funciona según el humor en el que me encuentro, o según con el pie que me levanto cada día.

FIRMEZA. Si dije "no" es no; si dije "sí" es sí; lo digo y lo mantengo. Y si sanciono o castigo, mantengo el castigo y no hay negociación posible acerca de un castigo ya impuesto. Ser firme es ser coherente y consecuente. Por tanto, antes de conceder, castigar o emitir una decisión o hacer un juicio hay que analizar las posibilidades y pensar las consecuencias.

... Y todo esto regado con unas buenas dosis de **PA-**

CIENCIA.

Los cambios de conducta no se dan de un día para otro, se producen con insistencia, tesón, paciencia, mucho cariño y confianza.

